

XLIV.

Doroteo, en la fé menos ardiente  
Que el santo de Belen, y los arcanos  
Ignorando de Dios, juzga imprudente  
Ir á Roma á entregarse á los tiranos.  
Mas acertado piensa y conveniente,  
Dirigiéndose á la Atica, en las manos  
De su padre dejar la hija querida,  
E ir en busca de Eudoro él en seguida.

XLV.

Pronto á levar el ancla en Jope habia  
Solo un griego bajel; nombres mudando  
Se ebarca en él la vírgen con su guia,  
Cimódoce infeliz! tú vas buscando  
Tu padre á Grecia, y él te requeria  
En la márgen del Tiber, confiando  
En Eudoro que puesto en las cadenas  
Ni oír ni consolar puede sus penas.

XLVI.

Al pié del Capitolio se elevaba  
Una antigua prision, cárcel de Estado,  
Que al origen de Roma remontaba.  
Secuaz de Catilina aquí ha escuchado  
La voz de Ciceron cuando tronaba  
En la augusta asamblea del senado,  
Pedro y Pablo pisáran en seguida  
La mansion del infame y homicida,

XLVII.

Eudoro, preso aquí, su juicio espera.  
Cartas de amor y fé á su esposa escribe,  
De que el falso Hierócles se apodera.  
La muerte de su madre allí recibe;  
;Penosa libacion! Mas nada altera  
Su constancia, y el gozo que percibe  
Padeciendo por Cristo: cada dia  
Compañeros de gloria entrar veia

XLVIII.

Cuando un rico colono hace la siega,  
Amontona en su granja la semilla  
Que sembró en el collado y en la vega:  
La abena y la cebada aquí se trilla;  
Allí se aventa el trigo; allá se hanega  
Y se conduce en carros á la villa,  
En tanto que otros van acarreado  
Nuevas mieses y en garbas colocando.

XLIX.

Galerio así en la cárcel reunia  
Fieles de todo el mundo, trigo electo  
Que el hórreo celestial llenar debia.  
Eudoro abraza allí con tierno afecto  
Amigos que otra vez tratado habia,  
Y un amor los reúne mas perfecto:  
Lactancio, Arnobio, Victor, Rogaciano,  
Sebastian con Gervasio é ilustre hermano.

L.

De allí á poco el prelado esclarecido  
De Esparta viene á dar'es nuevo gozo.  
Cada Mártir que llega, es recibido  
Con ósculo de paz, santo alborozo,  
Y alabanzas al cielo. Convertido  
En iglesia parece el calabozo,  
En donde resonaba noche y día  
De cánticos y salmos la armonía.

LI.

Sus cadenas el fiel les envidiaba  
Que aun goza libertad: el carcelero,  
Movido de sus pláticas, dejaba  
Las llaves y se hacia prisionero.  
El órden mas perfecto allí reinaba;  
Y al ver la paz y genio placentero,  
Creyeras ver un pueblo afortunado,  
Y no un pueblo á la muerte condenado.

LII.

Piadosa fraude al Confesor procura  
En la prision remedio consolante.  
El ministro, el levita se figura  
Ya soldado, ya esclavo ó comerciante.  
Con santa astucia y cándida impostura  
La matrona, doncella, el mismo infante  
En las minas y cárceles entraban,  
Y hasta el pié de la hoguera se llegaban,

LIII.

El Antiste Romano dirigia  
De su albergue el impulso de su celo.  
Mas no solo al cristiano se estendia  
Su caridad ardiente; su desvelo  
Alcanza hasta el gentil, y cada dia  
De nueva conversion goza el consuelo  
Mirando acrecentarse la grey santa  
Cuanto mas la tormenta se levanta.

LIV.

Escenas singulares presenciaba  
El fiel en la prision. ¡Con qué sorpresa  
Ve Eudoro entrar en hábito de esclava  
La cortesana Aglaé que embelesa!  
“Eudoro, dice, Sebastian acaba  
“De ser asaeteado; su promesa  
“Bonifacio cumplió, por la fé ha muerto;  
“Pacomio habita un hórrido desierto.”

LV.

Otra vez escuchando gran tumulto,  
Ven entrar á Ginés que en voz decia:  
“No temais, soy cristiano, vuestro culto  
“Es el mio. Poco hace entretenia  
“Al pueblo prodigándoos el insulto;  
“Mas allí es donde el cielo me atendia,  
“Pues queriendo burlarme del bautismo,  
“La gracia me ganó al instante mismo.” (4)

LVI.

Dice, y abraza á Eudoro entusiasmado  
Que en Bayes otro tiempo conociera.  
El hijo de Lastenes, rodeado  
De Santos, sus miradas, atrajera,  
“¿Te acuerdas cuanto habemos deseado,  
Un Mártir de las Gaulas le dijera,  
“Reunirnos en Roma? ¡Qué distante  
“Os hallábais de gloria tan brillante!”

LVII.

Siguiendo estos coloquios un anciano,  
Nunca hasta allí en la cárcel conocido,  
Ven entrar con disfraz de veterano.  
El traía el viático escondido,  
Que á Cirilo enviaba el soberano  
Antiste para ser distribuido.  
La luz de la prision tenue y sombría  
Sus facciones notar no permitia,

LVIII.

Pregunta por Eudoro, éisle mostrado  
En oracion; se acerca, toca su hombro,  
Y abrazándole luego alborozado:  
“Soy Zacarías” exclamó. ¡Qué asombro!  
“Zacarías”! Eudoro enagenado  
“¡Vos mi padre, mi caro padre nombro!”  
Dice, y llenas de llanto sus mejillas,  
Ante el viejo se pone de rodillas.

LIX.

Zacarías: “Postrarme á mí conviene  
“A tus plantas: ¿qué soy en tu presencia  
“Mas que un anciano inútil?” Luego viene  
De Mártires la augusta concurrencia  
Para saber suceso tan solemne.  
Eudoro satisface su impaciencia  
Con breve relacion que á todo Santo  
Arranca de ternura dulce llanto.

LX.

Zacarías despues ha referido  
Cómo dejó del Albis la ribera.  
“El Franco por Constancio fué vencido,  
“Y una pequeña tribu á quien me diera  
“El viejo Faramundo, habiendo sido  
“Transportada Agripina, yo viniera  
“A las Gaulas: allí supe el conflicto  
“Que causára en la Iglesia el cruel edicto”

LXI.

“Al abrigo del César el cristiano  
Disfruta de la paz en aquel suelo.  
“El Dugdunense Obispo, y Luteciano  
“Escogieran ministros, cuyo zelo  
“Arrostrando peligros, al hermano  
“De las otras Iglesias dé el consuelo.  
“Accediendo á mis ruegos, fuí incluido  
“En la lista, y á Roma dirigido.”

LXII.

Tambien contó despues como llegara  
Constantino á las Gaulas; la dolencia  
Del padre, y que el ejército prepara  
A su hijo la purpura en herencia.  
Esta nueva á los fieles animara,  
Aun habiendo perdido con la ausencia  
De Prisca y de Valerio su privanza,  
Nunca le faltó á Eudoro la esperanza.

LXIII.

De la misma prision en que yacia,  
Sigue un plan que la Iglesia en salvo ponga:  
A Diocles á Salona un propio envía  
Que el voto de los fieles le proponga,  
Dispuestos á atacar la tiranía,  
Y el camino allanar que le reponga  
En el trono usurpado por Galerio,  
Dando paz á la Iglesia y al imperio.

LXIV.

Así la iglesia entera se apoyaba  
En Eudoro, y su esposa solamente  
Su proteccion en vano reclamaba  
Navegando en los mares del Oriente.  
De soldados y nautas la cercaba  
Una chusma grosera que insolente,  
Del par fiel conociendo el saero culto,  
Los llenaba de injurias y de insulto.

LXV.

En vano la virtud que en el fiel brilla  
Se oculta á los impíos. Ya entregarlos  
Al verdugo amenazan en la orilla;  
Ya quieren á las ondas arrojarlos  
En ofrenda á Neptuno: esta cuadrilla  
De malvados no cesa de insultarlós,  
Ofendiendo el pudor de los oídos  
De la jóven con cantos corrompidos.

LXVI.

Su belleza inflamando su deseo,  
Al ultraje postrero se temia  
Llegase su insolencia. Doroteo  
La esposa de su amigo defendia  
De prudencia y valor haciendo empleo.  
Combate desigual! ¿de qué servia  
Contra un tropel de tigres sanguinario  
El esfuerzo de un hombre solitario?

LXVII.

El hijo del Eterno en este instante  
Con los coros angélicos venia  
Del límite del orbè mas distante.  
Su marcha majestuosa dirigia  
De globo en globo, sol en sol, brillante,  
Dando nuevo vigor y lozanía  
Al mundo envejecido que á grad paso  
Al término marchaba de su ocaso.

LXVIII.

De vuelta al santuario impenetrable,  
A la diestra de Dios, una mirada  
Deja caer á la tierra favorable.  
Entre todas sus obras, la morada  
De los hombres le fué siempre agradable.  
El percibe la víctima sagrada,  
Que á la nacion gentil bendecir cabe,  
Cercada de peligros en la nave.

LXIX.

Si el cielo ha abandonado esta fiel nueva  
A una chusma de nautas inhumanos,  
Es para preparar su alma á la prueba  
Que ponga la inmortal palma en sus manos.  
Este dia es llegado, y él la lleva  
Por camino escondido á los humanos  
Al sitio que escogió para la gloria  
Que corone su triunfo y su victoria.

LXX.

Por un signo en la nube fulgurante  
Al ángel de los mares ha mostrado  
Sus planes el Altísimo: al instante  
El viento espira que hasta allí ha soplado.  
La calma sucedió: brisa inconstante  
Se levanta á la vez de todo lado,  
Que, rizando las olas, puede apenas  
Las velas desplegar de las antenas.

LXXI.

El sol en su carrera se oscurece;  
La bóveda celeste, atravesada  
De fajas de un color verde, parece  
Descomponerse en luz turbia é inflamada.  
El piloto del buque se estremece:  
“O Neptuno! exclamó con voz turbada;  
“Si mi ciencia es veraz, nunca tormenta  
“Las olas agitó mas violenta.”

LXXII.

Las velas abatir manda al instante,  
Y todos al peligro se preparan.  
Las nubes se amontonan al levante;  
Sus batallones lúgubres formáran  
La vista de un ejército distante;  
Mas luego hácia el poniente se avanzáran,  
Y el sol que se ponía al tiempo mismo,  
Colora de sus senos el abismo.

LXXIII.

De la region del alba un repentino  
Movimiento anunció que Dios abriera  
El tesoro que encierra el torbellino.  
Rompiende al mismo tiempo la barrera  
Los cuatro vientos, dan en remolino  
Sobre el débil bajel que raudo huyera,  
Presentando su popa espumeante  
Al soplo impetuoso del levante.

LXXIV.

La noche cierra oscura: el marinero,  
De tinieblas espesas rodeado,  
No puede distinguir su compañero  
Que tiembla junto á él. Solo inflamado  
Relámpago le hiere pasajero,  
Dejándole despues mas deslumbrado.  
El dia vuelve; mas su luz sombría  
Solo ver la tormenta permitia.

LXXV.

Las olas se desrollan uniformes,  
Arrastrando el bajel que ya descende  
Al fondo del abismo, ya de enormes  
Masas de agua hasta el cielo se suspende,  
Impelidas por otras mas enormes.  
Ocho dias las olas asi hiende,  
Siguiendo de occidente la derrota  
Al impulso del Euro y fuerza ignota.

LXXVI.

La noche nona el giro concluía:  
Al brillo del relámpago se advierte,  
Sin poderla evitar, costa sombría.  
El naufragio es seguro. Con voz fuerte  
Manda entrar el patron bajo crujía  
Todos los pasajeros: á la muerte  
Se preparan, y el ruido los aterra  
Con el que la fatal plancha se cierra.

LXXVII.

Al hombre se conoce en tal estrecho:  
El esclavo con voz llena cantaba;  
Plañia la matrona, de su pecho  
Colgado el tierno infante; lamentaba  
Su suerte el Epicúreo con despecho;  
Con su guia Cimódoce invocaba  
Al Dios que en el abismo sabe hallarnos,  
Y en el vientre de un monstruo albergue darnos.

LXXVIII.

Un golpe violento abre el costado  
Del bajel, dando entrada al mar undoso  
Donde está el pasajero infortunado  
Que rueda en confusion. De este horroroso  
Cáoos sale un lamento sufocado.  
Los dos fieles, por caso venturoso  
Al pié de la escalera conducidos,  
Pueden subir al puente aunque aturdidos.

LXXIX.

El navio encallára entre la arena  
Dando frente á un escollo que se alzára  
Por cima de las olas. En mar plena  
Se ven nautas nadar que arrebatára  
El turbion; otros tiénense con pena  
De las jarcias; con rauco son tornára  
El timon que la mar libre debate  
Mientras el mástil el piloto abate.

LXXX.

Una esperanza habia, aunque lijera:  
Engolfándose el mar en el bajío  
Puede, alzando el bajel, botarlo afuera.  
¿Mas en este momento del navío  
Quién á tomar en mano se atreviera  
El timon, cuando el mas leve desvío  
Doseientas almas al profundo arroja?  
Esto aumenta el peligro y la congoja.

LXXXI.

Cesa entonces el nauta en su lenguaje  
Contra el cristiano par, y les suplica  
Invoquen á su Dios. Riesgo y ultraje  
Olvidando Cimódoce, dedica  
Una ofrenda á la Virgen. Con coraje  
Doroteo al timon la mano aplica,  
Aguardando la oleada de esta suerte  
Que el buque va á lanzar á vida ó muerte.

LXXXII.

La ola viene, se acerca, se espedaza;  
Cruge el timon sobre su gozne herrado,  
El próximo peñon muda de plaza,  
Y el navío se siente alijerado.  
Gozo súbito al miedo reemplaza:  
“La sonda!” pide un nauta apresurado,  
Y la sonda bajó sin tocar suelo;  
Un grito de alegría sube al cielo.

LXXXIII.

¡Estrella de la mar, á vos la vida  
Esta gente debió! No se mirára  
De las ondas salir deidad mentida  
Mandándolas silencio: una luz clara  
Rasgó la nube, y de esplendor vestida  
Una bella matrona se mostrára,  
Su divinal infante en el rezago,  
Poniendo el mar en calma con su brazo.

LXXXIV.

El nauta ante la jóven se arrodilla  
Confesando el poder omnipotente  
Del Dios que los salvára. Hacia la orilla  
Va acercándose el buque mansamente  
Donde en ruinas se observa una capilla  
Del áncora sagrada el ferro ingente  
Sujeta con su peso la galera,  
Y todos saltan luego á la ribera.

LXXXV.

Como reina de esclavos rodeada  
Cuyos grillos rompió, la casta esposa  
De Eudoro salta en tierra á hombros llevada  
De los nautas. Su voto presurosa  
Va á cumplir á la ermita abandonada;  
De María una imágen milagrosa  
Halla en ella, y en don cuelga su velo:  
Asi en triunfo pisó de Italia el suelo.